

SERMON

Predicado
por el M. R. P. Fr.

MANUEL M. MARTINEZ

EN LA SOLEMNE FIESTA TITULAR

Verificada

EL DIA 4 DE OCTUBRE DE 1891

EN HONOR DE N. S. P.

SAN FRANCISCO DE ASIS,

EN SU TEMPLO

De esta ciudad de Puebla.

BX4700

.F6

M37

C.1

Impreso en el Taller de Imprenta de F. Montes de Oca

CALLE DE LEANDRO VALLE NÚMERO 1

1891

5082

MA

BX4700

.F6

M37

C.1

Imp.

005082



1080027599



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

Predicado
por el M. R. P. Fr.

MANUEL M. MARTINEZ

EN LA SOLEMNE FIESTA TIPULAR

Verificada

EL DIA 4 DE OCTUBRE DE 1891

EN HONOR DE N. S. P.

SAN FRANCISCO DE ASIS,

EN SU TEMPLO

De esta ciudad de Puebla



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Universitaria y de la
Capilla Alfonso

MEXICO

Biblioteca Universitaria

Imp. de "El Tiempo," á cargo de F. Montes de Oca

CALLE DE LEANDRO VALLE NÚMERO 1

1891

42231



1080027599



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

Predicado
por el M. R. P. Fr.

MANUEL M. MARTINEZ

EN LA SOLEMNE FIESTA TIPULAR

Verificada

EL DIA 4 DE OCTUBRE DE 1891

EN HONOR DE N. S. P.

SAN FRANCISCO DE ASIS,

EN SU TEMPLO

De esta ciudad de Puebla



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Valverde y Torres
MEXICO

Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria

Imp. de "El Tiempo," á cargo de F. Montes de Oca

CALLE DE LEANDRO VALLE NÚMERO 1

1891

42231

BX9700

FC

M37



UANL

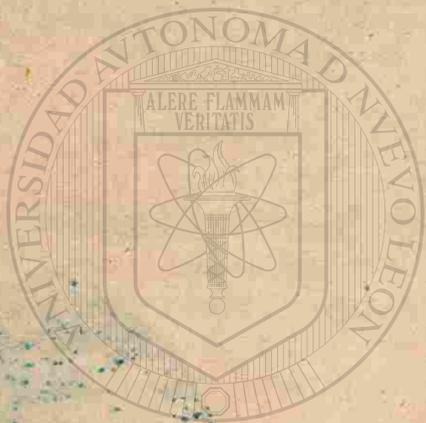
SIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FONDO ELETÉRIO VALVERDE Y TELLEZ

~~005082~~

1881



*Al señor Canónigo Magistral,
miembro de la Universidad Teoju-
rídica de Santo Tomás de Aquino
en la ciudad de Puebla, Secretario
de Cámara y Gobierno de aquella
Diócesis, Dr. D. Joaquín Vargas,
como débil prueba de sincero apre-
cio.*

EL AUTOR.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

Un sello que dice: Secretaría Episcopal de Puebla.

M. R. P. Fr. Luis G. Landecheo.

Presente.

Habiendo presentado á esta Superioridad el R. P. Fr. Manuel M. Martínez, Secretario de la Provincia del Santo Evangelio, el sermón que predicó en esta Ciudad el día 4 del corriente en la Iglesia de N. P. San Francisco, pidiendo licencia para que se imprima; me ordena el señor Gobernador de la Sagrada Mitra lo pase á S. P. M. R. para su revision y censura; suplicándole se sirva dar su parecer para que se decrete lo conveniente.

Dios Nuestro Señor guarde á V. P. M. R. muchos años.

Puebla, 12 de Octubre de 1891.

*DR. JOAQUIN VARGAS,
Secretario.*

Señor:

Cumpliendo con lo ordenado en el superior decreto que antecede, he leído y examinado con detencion el sermón que pronunció el día 4 de éste en la Iglesia de N. P. S. Francisco de esta ciudad, el M. R. P. Secreta-

rio de Provincia, D. Fray Manuel M. Martínez: y á la verdad que no encuentro en esta pieza oratoria cosa alguna que se oponga á la doctrina dogmática y moral que enseña la religion católica que profesamos. El pensamiento que el orador tomó por tema de su discurso está bien desarrollado en expresivas y elocuentes frases: los textos de la Escritura Sagrada así como las autoridades de los escritores seráficos que cita en comprobacion del asunto, están escogidos con oportunidad y acierto; de manera que la impresion que su autor solicita será de utilidad y provecho espiritual para la sociedad cristiana, especialmente en estos tiempos en que tanto se denigra el instituto religioso que tantos y tan importantes servicios ha prestado á la religion y á la Patria. Este es mi humilde dictámen el que sujeto al muy ilustrado de V. S. á quien renuevo las consideraciones de mi profundo respeto y especial aprecio.

Dios N. S. guarde la vida á V. S. por muchos años.

Puebla, Octubre 13 de 1891.

R. L. M. de V. S. su fiel súbdito.

FR. LUIS G. LANDECHO.

Señor Gobernador de la Mitra.

Puebla, 13 de Octubre de 1891.

Visto el anterior dictámen, se concede la licencia para la impresion del sermón de que se trata, debiendo el R. P. suplicante corregir las pruebas previamente y entregar en la Secretaría los ejemplares para el archivo, llevando cada uno de ellos la advertencia de que se imprimió con licencia de esta superioridad. Así S. S. lo decretó y firmó.

COVARRUBIAS.

Ante mí,
DR. JOAQUIN VARGAS,
Secretario.

Un sólo que dice: Provincia del Santo Evangelio.

En atencion á que el R. P. Fr. Manuel M. Martínez, Secretario de esta Provincia del Santo Evangelio ha solicitado licencia del Ministerio Provincial para dar á luz el sermón que predicó el día 4 de Octubre en la Iglesia de N. S. P. S. Francisco de Puebla, y por nuestro mandato habiéndolo revisado el M. R. P. Lector y Cura Párroco de nuestra Parroquia de Toluca, Fray José M^o de Jesus Nuñez Cuevas, quien no habiendo encontrado nada que se oponga al dogma y á las buenas costumbres, hemos

Nuestro Seráfico Padre San Francisco, y para comprender su magnitud excelsa, basta contemplar cómo se extiende la acción de su espíritu y de su instituto sobre el mundo y la historia, desde la cumbre del siglo decimotercero, de ese siglo que dió sér á la Catedral de Colonia, sublime monumento de piedra, y á la *Suma* de Santo Tomás, monumento más sublime aún del pensamiento humano, al Código inmortal de Alfonso Onceno, "que no tuvo igual en las demás naciones de su época" (2) y á la Divina Comedia de ese incomparable Homero del Cristianismo, cantor de la eterna epopeya, de ese Danto sin par que, con ser la Edad Media tan fecunda en maravillosos resplandores, es sin embargo como su corona esplendente.

Desde la cumbre de tan gran siglo, esparce el Santo de Asís á sus hijos como otros tantos rayos de luz sobre la historia del mundo. Y ¡qué lengua bastaría para enumerar las mil y mil glorias de la Orden Franciscana, si tiene como suyos sabios y doctores, soldados y héroes, poetas y filósofos, inventores y descubridores, reyes y pontífices! Sí, lo que es más todavía, no ha faltado á los suyos ni la palma del martirio, ni la gloria del apos-

(2) Nicolín y Echanove. Discurso pronunciado en la instalación de la Academia de Jurisprudencia y Legislación correspondiente de la Real de Madrid.

tolado, ni la aureola mística y divina de la más encumbrada santidad!

Pues bien, Señores: toda esa gloria, verdadera gloria, forma la corona mística del Santo de Asís, padre, por el espíritu, de tantos y tan maravillosos varones. *Gloria et honore coronasti eum.*

Más en corona tan gloriosa no son las piedras de menor precio las recogidas en las regiones de la vírgen América.

En muchas cosas corresponde á nuestra Orden Seráfica la primacía en nuestros anales eclesiásticos. El primer templo levantado en esta tierra de América, hollada en lejanos días por las plantas de Santo Tomás Apóstol, lo fué por manos franciscanas: por las del M. R. P. Fr. Juan Pérez, de quien un cronista Domínico, hablando del descubrimiento de la isla de Guanahani, dice con el estilo peculiar de aquella época que "tomó posesión por el Papa y por la Iglesia en una que hizo de ramas y pajas... en que dijo misa y puso el Santísimo Sacramento, y fué la primera de todas las Iglesias de las Indias." (3) Así, señores, el ara

(3) Fray Antonio Daza. Crónica general de la Orden de N. P. San Francisco, parte IV. lib. II, cap. 3º, edición de Valladolid de 1611. Confirman la relación del M. R. P. Daza, además de otros muchos cronistas é historiadores de la Orden Seráfica, que no es necesario citar, otros escritores extráneos á la Orden como Meléndez y Mamachi, dominicos, Massenio y Plati, jesuitas, Juan Díez de la Calle, seglar, y otros, así como por otros distintos documentos históricos.

primera erigida en el Nuevo Mundo, lo fué por un humilde franciscano. La primera vez que bajo su cielo y sobre sus auras fué elevada la hostia sagrada de propiciacion, elevada fué por las manos de uno de los hijos espirituales de aquel que mereció que fueran grabadas en las suyas por modo sobrenatural las llagas del Crucificado. La mitra, emblema de la autoridad episcopal, fué ceñida por primera vez en América sobre las sienes de un franciscano, D. Fr. García de Padilla, primer obispo de la primera diócesis erigida en el mundo de Colon, de la de Santo Domingo en la Isla Española, (4) de manera, Señores, que la primera figura que se destaca en la historia americana, llevando la mitra de los herederos de los apóstoles, lleva también bajo los episcopales arcos el sayal del mendicante.

Y para hablar de nuestro México, ¿quién ignora que sus primeros misioneros fueron doce como los Apóstoles y vestían el hábito franciscano y venían guiados y presididos por Fr. Martín de

(4) Hecho comprobado es éste, unánimemente afirmado por los escritores y cronistas de la época y habido como tal por los modernos. Entre éstos no omitamos citar á Monsenior Eulogio G. Gilow, dignísimo obispo de Oaxaca en su libro: "Los Venerables Martínez de Caxanos D. Juan Bautista y Jacinto de los Angeles. Apuntes históricos." Apéndice segundo, 2ª Parte.

Valencia, fundador de nuestra Provincia del Santo Evangelio, que abre la serie de nuestros Reverendísimos Provinciales y cuyo nombre glorioso vivirá en el Nuevo Mundo tanto cuanto viva el recuerdo de la predicacion del Evangelio! ¿Quién ignora que la brillante serie de los Arzobispos de México, al último de los cuales en nuestros dias hemos visto descender á la tumba amado, honrado y llorado de todos, se abre con la venerable cuanto gloriosa figura de Fr. Juan de Zumárraga, hijo de uno de nuestros conventos de la Ibérica península y gloria santa é inmaeulada de nuestra Orden!

Si, señores: el primer jefe de la Iglesia de México franciscano fué: y la vez primera que el simbólico patio, hecho del vellocino de los corderos del Convento romano de Santa Inés, fué visto en el Nuevo Mundo, vino á ser colocado sobre el sayal de Nuestro Padre San Francisco.

Y no es esto todo, señores. Aun hay más. El primer mártir de la Iglesia de México nuestro es. El primero de los hijos de nuestra amada patria, elevado al honor de los altares, hijo es también de nuestra Orden Seráfica, y las lanzas, que allá en la remota japonesa tierra traspasaron sus costados, traspasaron también el hábito franciscano que vestía. Como en México, grandes son también las glorias franciscanas en las otras naciones de

la América; lo cual no es, señores, más que la reproducción de la gloria de la Orden franciscana en el Antiguo Mundo, la mística corona de honor que circunda al Serafín de Asís, el haz de luz que desde el sollo del humilde Francisco se eleva al soberano sollo del Rey de la humildad y de la gracia, Cristo Señor nuestro, cuya divina faz tuvo en la del sublime solitario de Alborna su reflejo más vivo y fiel. *Gloria et honore coronasti eum.* (5)

Mas ¡oh señores! en verdad os digo que la mística gloria de Nuestro Padre no es tan grande, sino porque él supo corresponder fielmente á los designios de la sabia y misericordiosa Providencia. En él verificóse en toda su admirable plenitud y misteriosa verdad aquella divina palabra: *qui se humiliat exaltabitur.* (6) No ha hallado tanta gloria, sino porque comprendió bien aquella enseñanza del Apóstol de las gentes, de que no debemos gloriarnos sino en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo. (7) *Nos autem gloriari oportet nisi in Cruce Domini Nostri Jesuehristi;* áureas palabras que en la poética leyenda de la perfecta alegría, ponen los autores en boca de San Francisco, y son realmente como la síntesis y cifra de su gloriosa vida.

El quiso seguir las huellas del Divino Maestro

(5) Salmo 8, v. 6.

(6) San Lucas cap. 10.

(7) Epist. de San Pablo á los Hebreos.

y cumplió fielmente con aquella sublime lección: "El que quiera venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su Cruz, y sígame." (8) *Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, tollat Crucem suam et sequatur me;* y al abrazar la Cruz de Cristo y en ella sólo gloriarse, se hizo imitador de Jesucristo y quiso hacerse semejante á El por la mortificación, la pobreza, la humildad y el amor.

Tal es, señores, el punto de vista desde el cual, para gloria de Dios, me propongo presentaros á mi Serafíco Padre San Francisco, y á fin de que os sea y me sea provechoso delinear aquí ante vuestros ojos la espiritual figura del Fundador de la Orden de los Menores, ayudadme á invocar los auxilios de la gracia por medio de la Reina de los Angeles, saludándola con las palabras de Gabriel: *Ave María.*

Et vidí, et ecce nubem candidam et super nubem similesedentem. Fuso Irmínis.

APÓC. CAP. XIV, V. XIV.

Así como todas las cosas fueron hechas con número, peso y medida; así á cada hombre señala Dios un destino; y en su cumplimiento, en la realización del designio de Divino está asegurada la

(8) San Mateo cap. 16.

• salvacion de los hijos de los hombres. Más entre ellos algunos hay á quienes el dedo de Dios señala un destino más excelente, una mision providencial, y á este escogido número pertenece el Patriarca de nuestra sagrada Orden.

Designio era del cielo, señores, presentar en Francisco á la tierra un vivo reflejo de Cristo, que volviera á aleeccionar á la humanidad entera, y fuera para los siglos futuros irrefragable prueba de cómo, con ser tan pura, tan excelsa, tan angélica, por decirlo así, la moral de Jesucristo, puede ser realizada sobre el mundo por el hombre, con ser la humana naturaleza tan frágil y débil, tan deleznable é inclinada al mal. En medio del siglo XIII, de aquellos poderes espléndidos que se dividían el imperio del Orbe, de aquella pujanza de los hijos del Oriente embebecidos en las doctrinas sensuales y corruptoras del falso profeta que tres siglos ántes había puesto los cimientos de uno de los más vastos imperios de la historia; enfrente de aquella enervante corrupcion, que había invadido al clero y al pueblo cristianos, que penetraba en claustros y conventos, que enturbiaba el espejo de la religiosidad de aquella edad de fé, que es la edad de las Cruzadas y de las góticas catedrales; contra aquellas sectas de valdenses y albigenses que bajo las hipócritas prácticas de la pobreza, la austeridad y la castidad, difundían por el mundo

el veneno del maniqueismo, macedor de todo germen de divino amor, quería el buen Dios volver á enseñar á los hombres el camino del cielo por medio de la práctica del verdadero amor y de la verdadera santidad, de la ingénuu y sencilla virtud; y al quererlo, quizo también imprimir en su enviado, sello de misteriosa semejanza con el Divino Hijo, enviado al mundo en la plenitud de los tiempos. Como Nuestro Señor Jesucristo tuvo N. S. Francisco un precursor, Refieren las crónicas, que desde ántes del nacimiento del Santo, corría por las calles de Asis un hombre de sencillas y puras costumbres, clamando: *¡Paz y bien!* y que no cesó de clamar sino hasta el 24 de Febrero de 1209, en que bajo la humilde bóveda de la Porciúncula, al oír Francisco las palabras de Cristo: "No queráis poseer oro ni plata, ni dinero en vuestra bolsa; ni lleveis alforja, ni dos túnicas, ni sandalias, ni báculo" (9) "nació en su espíritu la Orden Franciscana." (10)

Ni fué sólo éste el rasgo característico de la semejanza de S. Francisco con el Divino Modelo. Como en el nacimiento de Cristo, entonaron los ángeles por los aires el himno de la divina gloria:

(9) S. Mateo, cap. 23.

(10) Frase de D.^a Emilia Pardo Bazan en su importante y bello libro sobre Nuestro Padre San Francisco.

Gloria in excelsis Deo et in terra pax hominibus bonae voluntatis! así también en la noche placida y sosegada en que nació Francisco, se escucharon cánticos sobrehumanos y misteriosas voces en torno de la ruinoso ermita de Nuestra Señora de los Angeles en el Valle de Asis, donde algunos años más tarde recibió de Jesucristo mismo la concesion de la indulgencia que del nombre de aquel lugar, se ha llamado de *Porciúncula*. Y más todavía, señores; una tradicion uniforme y constante afirma, (y la devocion señaló el lugar, erigiendo allí una capilla) que sintiendo los dolores del parto la madre de S. Francisco, fué llevada por desconocido peregrino, de misterioso prestigio, á un establo próximo, donde como en el pesebre de Belen, comían paja un asnillo y un buey. Esos tres rasgos, como independientes de la voluntad de S. Francisco, son reveladores de un designio superior; que le señalaba con bastante perceptible claridad, que Cristo quería tener en él un imitador, un discípulo fiel, un reflejo viviente, voluntario y conselante que, como la luna sobre la tierra los rayos del rey del firmamento, arrojara sobre las edades nuevas el esplendor del divino sol, centro de las almas y fuente de la eterna luz. *Similem Filio Hominis.*

A tan alto como misterioso designio correspondió á Francisco, entregándose á Dios sin reserva,

renunciando á todo lo que no era Dios, hollando todas las grandezas del mundo, y buscando en Cristo y en el amor de Cristo la única gloria. Renunciando á toda riqueza, desposándose con la pobreza; á todo placer de los sentidos, entregándose por completo á la mortificacion; á toda vanagloria y mundana soberbia, anonadándose en la humildad; á todo mundano afecto, encendiéndose en el amor á Dios, y haciendo de este amor el móvil único de todas sus acciones, la fuente de sus aspiraciones, el fuego y calor vital de todo su sér. Desasióse de todo lo mundano, corporal y material, para poner su alma con todas sus potencias y su cuerpo con todos sus sentidos bajo el imperio de la ley del amor sobrenatural y estático á la Belleza absoluta é increada. En él recobró hasta donde es dado á nuestra naturaleza caída el espíritu su imperio sobre el cuerpo, y fué toda su vida, desde el día de su consagracion hasta el de su glorioso tránsito un holocausto perenne á ese Dios infinitamente amable, que amó tanto al mundo, que le dió á su mismo Hijo Unigénito. Por eso, señores, recobró sobre la naturaleza algo de aquel poder que tuvo Adán sobre ella en los breves, cuanto incomparablemente bellos días de la original inocencia. Por eso; como nos lo refieren las poéticas leyendas franciscanas, las rocas se ablandaban al contacto de sus dedos, los pájaros venían á

posarse sobre las palmas de sus manos, los peces acudían á su llamamiento, las liebres se refugiaban entre los pliegues de su túnica, los ruiseñores alternaban con él en armoniosos cánticos, las aves se agrupaban en derredor para escucharle; las yeguas florecían en su presencia. Le obedecían las tórtolas y los lobos; las cigarras se sometían á sus mandatos; las golondrinas acallaban sus gorjeos, como para escucharle; y que más, señores! hasta en la noche misma de su muerte, millares de alondras entonaron armonioso concierto en derredor de la estancia mortuoria, como gozándose de la entrada de Francisco en las regiones del amor eterno porque suspiraba sin cesar.

Tal le hizo, en efecto, el amor á Jesucristo, pero no quedó, ni podía quedarse todo allí. El amor, señores, es fecundo, no estéril; es activo no inerte. Es luz, es calor, es fuego. Es una fuerza secreta y misteriosa, potentísima y avasalladora que no se emplea ni se repliega sobre sí misma, que no se concentra en sí; sino que surge y se dilata, sin salir de sí, sobre los demás; es una fuerza que engendra, que da vida á nuevos seres, que crea, en fin. *Amor, sublime amor, alma del mundo!* ha exclamado un vate en un momento de verdadera inspiración. Y es verdad, señores, es verdad. El amor entra, según las enseñanzas dogmáticas y teológicas, en la constitución de la trina

personalidad de Dios. Término de Amor es el Espíritu Santo. El amor infinito de Dios á sus criaturas concebidas *ab aeterno* en el entendimiento divino les dió ser en el tiempo y haciéndolas salir de la nada, las mantiene suspendidas sobre sus abismos. Y no sólo, señores; sino que despues de que el amor hizo á Dios que diera ser á las criaturas y al hombre, que es su rey, cuando este rey abdicó su trono, y bajó del solio de su primacía y de la altura de su majestad inenarrable y se hizo siervo del pecado y arrastró su ser sobre el fango y cubrió su frente con el polvo, entónces, señores, para alcanzar la regeneración del rey caído y la restauración de su realeza, "el amor entróse por esos cielos y cogiendo á Dios, no flaco, sino fuerte, no en el trono de la Cruz, sino en el de su majestad y su gloria, luchó con él hasta bajarle de los cielos y hasta quitarle la vida." (1)

¡Gracias, señor y Dios de nuestros padres, gracias por tan ilimitado amor! Obra de amor fué la creación; misterio de amor la redención. Cuando una chispa de ese amor verdadero se enciende en los mortales pechos, entónces aparecen esos hijos tiernos, esos hermanos abnegados, esas esposas apacibles, esos padres generosos, esas madres mo-

(1) Palabras del célebre P. Fonseca en su admirable libro del *Amor de Dios* elogiado con alto elogio por el príncipe de los ingenios castellanos.

delos que forman para los que tales bienes tienen, las delicias de un hogar bendito. Mas cuando no es sola una chispa la que enciende el corazon del mortal, sino una flama, abraadora la que le consume, entónces surgen los heroes, aparecen los mártires, recorren el mundo los apóstoles, iluminan el orbe los santos.

Tal sucedió, señores, con el humilde Francisco. Desasido de todos los bienes terrenos, libre su alma de todo amor de la baja tierra, abrazado, como Jesucristo, con la pobreza, la humildad y la mansedumbre, no una chispa, sino muchas brasas de amor llenaron su corazon. El verdadero amor tomó posesion de él, le cercó con sus llamas purificadoras, le enrojeció y compenetró, como el fuego al hierro en encendida fragua, le infundió la fuerza y el vigor, engendrados de las grandes obras, le obligó, en fin, á salir de sí mismo y á fundar la Orden del amor y la pobreza, cuyos miembros todos cuidarán de reflejar en sí la faz de Jesucristo.

Tipo del hombre regenerado y vuelto á Dios por la gracia, al emanciparse del yugo de las pasiones y de la pesadez oprobiosa de la carne, el amor de Dios y de todos los seres en Dios, por tal manera llenó su espíritu, que le elevó purificado y libre de toda humana escoria, sobre todas las miserias de los afectos transitorios y perecederos de la vida

humana. La vida y doctrina de San Francisco fueron vida y doctrina de amor; y quizá jamás se vió sobre la tierra desde los dias de Jesucristo ser en quien el amor diera más melifluas y suaves y embelesadoras mnestras de sí, como en este glorioso penitente. Por amor abandona la casa de sus padres y arrostra hasta las maldiciones del autor de sus dias, por amor se consagra á servir á los gafos, sobreponiéndose al asco y al horror que inspira la nauseabunda lepra. Por amor se descalza, se desnuda de todo arreo que pudiera ser resto de su vida en el mundo, y viste la túnica color de ceniza, y se ciñe el talle con áspera y nudosa cuerda. Por amor dá ósculo de paz sobre los labios de los gafos y cura sus asquerosas llagas, dándoles así sanidad en un instante por la fuerza purificadora de la verdadera caridad. Por amor funda su sagrada Orden para hacer que vuelvan á brillar sobre la tierra imitadores del Redentor, y que el mundo contemple pobrecillos de Cristo que no tengan otra riqueza que la gracia recibida de Dios.

De la misma manera, señores, que el amor informa toda la doctrina de Cristo, el amor tambien, aprendido en tan sublime origen, informa la doctrina y la vida de San Francisco; y así como nunca vieron los siglos víctima de amor á Cristo igual, ni escucharon doctrina de amor á la de Cristo semejante, con ser tan alta la doctrina pla-

tónica; así, señores, después de Cristo jamás resplandeció copia más perfecta de Él, ni se oyó eco más fiel de su doctrina, que la copia que en sí ofreció Francisco y el eco que nos dieron sus seráficas enseñanzas.

Quando en medio de las pompas y grandezas con que se nos presenta en la historia el siglo décimotercio, se ve destacarse la figura de Francisco, y se examina su edificante y prodigiosa historia, pasma, señores, y deja atónita al alma ver cómo aquel joven á quien sonreía el mundo y para quien abrían sus puertas todas las mundanales grandezas, se deshace de cuanto en el mundo pudiera retenerlo, rompe los lazos que con él le vinculan y se vuelve pobre de Jesucristo, para asemejarsele. *Similem Filio Hominis.*

Como Cristo, escogió doce para sus primeros discípulos, y al llamarlos á sí, les mandaba como Cristo, que se despojaban de cuanto tenían y lo dieran todo á los pobres. Y una vez que tuvo en derredor de sí doce discípulos, enderezó sus pasos á Roma, ciudad de los Pontífices y centro inamovible de la católica unidad.

Más ¿á qué iba Francisco á Roma? ¿á qué, señores! ¡Ah! El Pontificado, como la Iglesia, es obra de amor. Si el encargo que la Iglesia ha recibido de Dios; si la mayor obra que le está encomendada sobre la tierra, valle de lágrimas y camino de

amargura, es persuadir al hombre de que Dios le ama; de que le ha amado hasta hacerse hombre, para suprimir esas distancias que, de cualquier naturaleza que sean, son insuperables al amor; de que le ha amado tanto hasta sufrir, hasta morir por él (12), si todo esto es así, muy natural era, señores, y muy lógico que Francisco, apóstol del amor, al comenzar la ingente obra que la Providencia le señalara como la tarea de su vida, fuera á postrarse con sus discípulos á los pies del Vica-

(12) Palabras del ilustre abate Basgard en la introducción de su *Historia de la Bienaventurada Margarita Maria de Alacoque y de los orígenes de la devoción al Sagrado Corazon de Jesus.* Hé aquí el pasaje textua: "Esta obra (de la Iglesia) como todos lo sabemos, no es la de permanecer en pie en medio de esa inestabilidad de las cosas humanas que un día ú otro lo sepulta todo en el polvo, las dinastías, los imperios, los pueblos mismos: no es tampoco imponer á la orgullosa razón del hombre un conjunto de dogmas, cuyos títulos tienen sin duda el derecho de estudiar, pero que no pueden regenerarle, sino humillándole: esta obra más elevada que las otras dos, obra á la vez, tan luminosa y tan oscura, es persuadir al hombre de que Dios le ama. Si; un día en las profundidades de su eternidad, Dios ha visto al hombre y á semejanza de un rey, de un genio poderoso, rendido por los encantos de su hijo pequeñuelo que balbucea así Dios se ha rendido al amor del hombre; le ha amado hasta la pasión. Le ha amado hasta hacerse hombre, para suprimir esas distancias, que de cualquier naturaleza que sean, son siempre insuperables al amor. Le ha amado hasta sufrir; hasta morir por él. Si; aquel que está pendiente de aquel cadalso, con los pies y las manos clavados, ese es Dios!"

rio de Jesucristo y sucesor de Pedro, La Orden seráfica y apostólica que Francisco pretendía fundar, tendía de muy directa manera á la realización sublime de la Iglesia, de la obra de hacer comprender al hombre cuánto le ama Dios; y por lo mismo, tan heroica empresa necesitaba buscar arrimo sobre el inmóvil tronco y bajo las frondosas ramas de ese árbol, á cuya sombra, según la expresión del protestante Muller, *se ha conservado íntegra la verdad.*

Y los encontró, señores, Inocencio III aprobó la regla; y aquí, señores, digno de notarse es, que Francisco fué el primero entre todos los fundadores de Ordenes religiosas, que ántes de fundar la suya y constituir una Comunidad, recabó la aprobación de la Silla Apostólica. Después de él todos lo han hecho: de modo que bien puede decirse, que su ejemplo vino á afirmar más y más para todos los siglos el espíritu de sumisión y amor al Vicario de Cristo.

Aprobada la regla, el amor que abraza su corazón le dió sobre los demás misterioso prestigio. Conociendo que Dios no solamente le quería para sí, sino para que obrara la salud de muchos, para que guiara al cielo hombres de aquella y de las futuras generaciones; la actividad que desplegó, predicando el amor de Cristo, reclutando todos los días nuevos soldados para el ejército que ha-

bía empezado á formar, fundando además de la Orden de varones, la de mujeres y la de los Terceros, produjo los más lisonjeros frutos de santidad y penitencia. En derredor de él, como en derredor de Cristo, formóse una constelación de santos y de santas; y á la par que su vida activa se dilataba, como un río caudaloso y fecundante, su vida contemplativa y mística se dilataba y engrandecía y llenaba de resplandores, como una de esas transparentes nubes vespertinas que llena de dorados rayos el sol poniente, y parecen islas de oro esplendísimo en un mar de viva y deslumbrante claridad. En su actividad, funda conventos, pretende ir á Siria, visita á España, va á Roma y obtiene la pública confirmación de su Orden en el cuarto Concilio Lateranense; envía, como Cristo, á sus discípulos por todas las naciones, celebra capítulos como el celeberrimo de las Estoras, se dirige á Oriente con la sexta Cruzada, y es allí profeta y testigo del fracaso de las armas cristianas, pasa al campo mahometano, predica la fé en los dominios de la Media Luna, conquistando la admiración de cuantos le conocen y vuelve por fin á Europa y visita sus conventos para afirmar en ellos la exacta observancia de la regla; más en toda esa vida de acción, el amor desinteresado, encendido y puro es su móvil, la pobreza su santa compañera, la suave ternura y la humilde manse-

dumbre sus armas; y por donde quiera que pasa, semejante á Cristo, *pasa haciendo bien*, dejando un suave, pero penetrante perfume de amor y beatitud que admira y arrebató á las almas. *Doquiera es la encarnación viva y animada de los consejos evangélicos, un reflejo personificado del Verbo hecho hombre, una copia del Cristo, amante y humilde, cual no vieran los siglos otro igual. Similem Filio Hominis.* Era tal su espíritu de contemplación, que merecía las más altas gracias divinas: Cristo, en figura de niño, conversaba con él y le acariciaba como hacen los pequeñuelos con los que los toman en sus brazos. Dulces visiones le hacían los días más bellos, y más apacibles las noches. Sobrenaturales coloquios robustecían y levantaban su alma. Su vida era un éxtasis, un arrobamiento de amor.

Llegó por fin un día en que por medio sobrenatural fué anunciado la proximidad de su muerte; y se retiró al misterioso monte. Albernia, donde Cristo que había grabado tantos rasgos de su divina faz en su siervo Francisco quiso poner en él el sello más precioso é indubitable de tan gloriosa sublime y milagrosa semejanza. Morando Francisco en la soledad de aquel monte, vecino del cielo y el más alto de los Apeninos, árido y desnudo antes de ser morada del asombroso penitente y de sus santos discípulos, y después fértil

y vestido de verdor, recibió nueva y más desbordada y superabundante gracia, y se hizo más conforme con el eterno tipo de los predestinados, con el Unigénito de Dios, y (refrámoslo con palabras del Dr. Seráfico) "mientras por el seráfico ardor de sus ansias se elevaba á Dios y por compasiva ternura se transformaba en el que por caridad quiso ser crucificado, hé aquí que una mañana, hácia la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, orando en un lado del monte, vió la especie y forma de un serafin con seis alas tan resplandecientes como fogosas, que con gran celeridad descendía volando hasta el hombre de Dios, y quedándose suspenso en el aire, apareció á un tiempo alado y crucificado con los brazos y piés estendidos y fijos en la Cruz, y las alas en disposición maravillosa, porque con las dos superiores cañía la cabeza sin esconder la hermosura de su rostro, y las dos inferiores cubrían y ocultaban como un velo todo el cuerpo; y con las dos de enmedio volaba. Pasmóse de admiración Francisco y batalló entre el dolor y el gozo: éste causado de la belleza de la aparición que le favorecía; aquel del cruento espectáculo del suplicio que le traspasaba el alma. Mas por inspiración del mismo que se le aparecía, comprendió que si bien el padecimiento no concordaba con la impassibilidad de la seráfica naturaleza, la visión se le ofrecía en aquel

aspecto, porque entendiése que no con martirios de la sangre, sino con incendios del espíritu debía transformarse en imagen y semejanza de Cristo crucificado. Desapareció la visión después de familiares y misteriosos coloquios, y hallóse Francisco inflamado interiormente con ardor seráfico, y exteriormente marcada su carne con la perfecta imagen del Crucifijo; no de otra suerte que la cera blanda á los halagos del fuego fácilmente se impresiona y recibe la imagen del sello que se le aplica. Instantáneamente empezaron á descubrirse en manos y piés los clavos, cuyas cabezas en las manos sobresalían de las palmas y por la parte contraria sus retorcidas puntas: por el opuesto en los piés sobresalían las cabezas á los empeines y las puntas retorcidas en las plantas: y en el lado derecho se descubría una cisura ancha y profunda, como si se hubiera formado con el hierro de una lanza, con los labios rubicundos de la sangre, que vertía tanta, que á veces teñía la túnica y paños menores.”

Tal es, señores, el sencillo relato que de la estigmatización de San Francisco nos dejó San Buenaventura; y si nos detenemos un momento para poner los ojos de la consideración sobre tan milagroso favor del cielo, pasmados quedaremos ante tal misterio de amor. Al considerarlo; parece que vemos arder el monte Albornia en esplendente

llama, como se lee en las *Florencillas*, y al aiado serafín hiriendo con luz y fuego de la gloria el cuerpo de Francisco, arrebatado en éxtasis, para recibir en tal estado de sobrenatural arrobamiento la impresión de las divinas llagas, que vino á ser como el último timbre de su semejanza con Cristo, y la más segura y letificadora prenda de que era acepto á los divinos ojos su espíritu de imitación del Cristo por el amor, por la humildad, por la mortificación, por la pobreza. ¡Oh mística grandeza de nuestro seráfico Padre! ¡Oh estigmatización gloriosa! Yo no sé que sentiréis, señores, en el alma, al pensar en la singular gracia y gloria concedida al humilde Francisco; pero de mí sé decir, que cuantas veces pienso en la estigmatización, no puedo menos de decir las palabras apocalípticas: “Hé aquí que he visto una nube cándida y sobre la nube á uno que estaba sentado semejante al Hijo del Hombre. *Et vidi eum sedentem in nubem candidam et super nubem sedentem similem Filio Hominis.*”

Después de la estigmatización, aún permaneció Francisco en el Monte Albornia, recibiendo favores del cielo: pero llegando su última hora, descendió de él, y después de recorrer algunas ciudades predicando y edificando á los fieles, retiróse á la cuna de su Orden y al lugar de su vocación: á Santa María de los Angeles, donde exhaló su úl-

timo asiento; y su alma, bajo la forma de espléndida estrella, se levantó hasta el cielo para ir á ocupar entre los ángeles el lugar que había quedado vacío por la prevaricación de Lucifer. Una estrella alzada de la tierra iba á reemplazar al caído lucero del angélico firmamento. Un serafín humano llenaba el lugar del ángel rebelde; y si éste, al caer, había arrastrado y hecho caer en pos de sí á la tercera parte de las estrellas del cielo, según nos refiere Isaias, el serafín de Asís ha llevado por su parte á formar cortejo al Altísimo inúmeras almas, asidas al cordón que ciñe su descolorida túnica.

¡Ah! sí, señores; entre los tronos de nubes que llenan la Jerusalem celeste, había una nube cándida, que allí quedaba como el asiento que vacío dejó el que quiso ser émulo del Altísimo y semejante á Él por el poder, por la gloria, por la grandeza; el que se negó á servirle, *non serviam*, porque en su soberbia pretendía rivalizar con Él y asemejarsele. *Similis ero Altissimo*. Más sobre ese trono vacío, sobre esa cándida nube, está sentado hoy uno semejante al Hijo del Hombre, el pobre-cillo de Asís, el fatuelo de Jesucristo; el que quiso ser semejante á Él por el amor, por el dolor, por la mortificación, por la pobreza, por la humildad. Sí; allí está sentado, señores, y en su faz se refleja la faz de Cristo con maravillosa seme-

janza. ¡Feliz él, señores, de tanta gloria y de tanto honor coronado! *Gloria et honore coronasti eum*, exaltado por humilde, y bienaventurado por manso y humilde de corazón.

Admirémosle, señores, é imitémosle. Cuidemos de procurar para nosotros, por la práctica del amor á Jesucristo, un reflejo de su faz divina, una chispa del amor de su corazón; de ese horno, de esa fragua de divino fuego; y sea Francisco nuestro maestro y nuestra guía.

Sí, Padre Nuestro, Padre amoroso y bendito, que al mundo diste en tu regla segura vía para marchar dentro del Evangelio y llegar hasta el Cristo que es el camino, la verdad y la vida. Enséñanos tú; guíanos tú; adiestranos tú. Nosotros te bendecimos y veneramos; te amamos y reverenciamos, porque vemos en tí á un imitador de Jesucristo, lleno de las prerrogativas y los carismas del Divino Amor; porque vemos en tí á nuestro Padre por el espíritu, por la doctrina, por la regla. Queremos derramar á tus pies llanto de amor, y hacernos como tú, pobrecillos de Cristo, fatuelos de su amor, insensatuelos de su pobreza. Queremos ser humildes y sencillos como aquella ovejueta de Dios que te hacía compañía entre las abruptas rocas del Alburnia; tener vida angélica como aquel Monaldo que te vió por los aires, formando una Cruz mientras que predicaba á las mu-

cheñumbres el asombroso Taumaturgo de Padua: el humilde Fray Antonio; hacer vida de penitencia y continua oracion como aquel Fray Pacifico, que fué aclamado en el siglo *rey de los versos*, y alcanzó por su espíritu de contemplacion llegar á ver, vivo tú todavía, el asiento que te reservaba el buen Dios en el cielo; queremos, en suma, no mostrarnos indignos de ser tus discípulos, sino imitándote, imitar á Jesucristo, y alcanzar de su bondad infinita y de su misericordia inagotable que nos tenga por suyos, porque halle en nosotros al ménos un rayo de la luz de su faz adorable, de que tú fuiste reflejo tan vivo y cabal que mereciste ser tenido como semejante al Hijo del Hombre, *Similem Filio Hominis*.

Más para alcanzarlo, guíanos tú, protégenos tú, ampáranos tú; y asidos al cordon de tu hábito, podremos ascender á la montaña santa, para morar en ella por toda la Eternidad.

A. M. D. G.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



UAN

DAD AUTÓNOMA DE NUEVO
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

00